

Con el cuentacuentos Diego Zevallos

Historias bajo velas

Betty Soto Fernández



Fue estudiante de la Universidad de Lima, perteneció al Taller de Narrativa y colaboró en dos ediciones de nuestra revista; en la presentación del número dedicado a Carlos Calderón Fajardo, se despidió de la Universidad en medio de cuentos, velas y aplausos. Tres años más tarde, en una fecha propicia para los besos, nos reencontramos con él al finalizar su *Velada de cuentos de amor*. Junto al escenario, Diego Zevallos nos habla de su trayectoria: narra cuentos desde hace cuatro años, comenzó escribiendo historias, sin embargo, la respuesta que él necesitaba la halló en el público —antes que en el papel—, razón por la que no vaciló en sacrificar los temores de su familia y

su bolsillo para dedicarse al arte más antiguo de la historia. Luego de recorrer el país y otras latitudes, presentarse en talleres, colegios, auditorios, cabinas de radio y sets de televisión, ha logrado hoy exponer su arte a ojos curiosos, risueños y hasta escépticos, y ha superado así el escollo familiar.

¿Qué era lo que sabías, hasta entonces, sobre los cuentacuentos?

Muy poco. Había asistido alguna vez a los espectáculos pero no imaginé que se practicaba aquí más de lo que pensaba. Pero una vez que estuve convencido de que quería narrar, comencé a buscar talleres de cuentacuentos para adentrarme en este camino. Eso sí, nadie te enseña a narrar, igual como nadie te enseña a escribir. No hay un momento fijo en que te emocionas porque cada uno cuenta y siente de distinta manera. Lo que aprendí en el taller, más que nada, fue a descubrir mi narrador interior, entender la forma en que quería salir y de ahí irlo formando poco a poco.

¿Cómo fue tu experiencia en los talleres?

Recuerdo que éramos un grupo pequeño y el taller una especie de laboratorio donde fuimos adquiriendo las técnicas. Un día en clase me pasó algo extraño: debí pararme frente al grupo para narrar una historia y lo hice, pero una vez que levanté la mirada me di con la sorpresa de que, delante de mí, había una silla vacía. Yo debía pararme delante de la silla, no detrás, y después de haber analizado aquello me di cuenta de que había sido mi propia barrera, era claro que no estaba siendo natural conmigo mismo; por eso la próxima vez que salí al frente, la retiré y me presenté como lo

que era: un narrador, exponiéndome frente a un público, no a una silla.

¿Y la primera vez que te paraste frente a un público?

La primera vez que me paré en el escenario fue solo para contar una historia. Me moría de miedo, pensé que se me iría la voz u olvidaría partes de la historia. Tomé mucha agua y salí a contar un cuento sobre el miedo; hablaba precisamente de cómo vencerlo y eso me ayudó muchísimo. La energía del público fue algo muy bonito, a veces querían cantar, reír... Desde entonces tengo la idea de que el cuento debe tener un contacto habitual con el público y lograr intimidad. Por eso me gusta poner canciones y darle así un matiz más sano, más colorido al cuento. Incluso puedes cambiar su rumbo de acuerdo a la energía del público; como una vez que me presenté en un bar y llegó una pareja de recién casados con su grupo de amigos, entonces se me ocurrió contar cuentos de recién casados para ganar su atención y logré que se engancharan y disfrutaran del espectáculo.

¿Por esas épocas frecuentabas mucho a narradores experimentados?

Una vez que empecé esas movidas me metí de lleno al grupo de narración que hay aquí. Veía a narradores de otros países: Colombia, Argentina, Europa, y era muy chévere porque no solo conocías al narrador, sino que conocías su estilo, su cosmovisión y sus experiencias, era un intercambio natural muy

interesante. Recuerdo que conocí a un narrador que era de Nigeria y contaba los cuentos en francés, pero yo no podía entenderlo; sin embargo sí pude deducir mucho de lo que decía por su expresión corporal. Eso dice mucho cuando cuentas una historia.

¿Cómo te preparas antes de salir al escenario?

Minutos antes de la presentación estoy en los camerinos respirando, tomando agua y pensando lo que quiero decir con mis historias porque todo es muy místico, muy mágico; es un arte tan antiguo, tú sientes que el cuento te recorre por todo el cuerpo y que a veces quiere salir y otras no. También juego mucho con las palabras, digo una tras otra para tener mayor fluidez verbal. Una vez en el escenario la magia se expande sola con ayuda de las luces, las velas y sobre todo de mi kalimba, un instrumento que me trajeron desde África, el cual acompaña todas mis presentaciones, es como mi amuleto de la suerte.

¿Cómo tomó tu familia el que fueras narrador de cuentos?

Fue muy difícil. Un día llegué a casa, tendría dieciocho o diecinueve años y les dije: "Quiero ser narrador de cuentos". "¿Narrador de qué? ¿Quieres ser comediante?", me dijeron. Pusieron una cara de sorpresa y empezaron a ponerme barreras; yo solo les dije que me iba a meter de lleno en eso y que luego, cuando me vieran hacerlo, me dieran su opinión. Junté plata para meterme a los

talleres y traté de aprender lo más que pude, hasta que llegó el día de mi primera presentación. Nunca olvidaré cuando mi familia, y sobre todo mi madre, me miró con lágrimas en los ojos y me dijo: "Esto era, perdón por no haberte escuchado antes". Supieron que de verdad lo quería.

¿Ahora te piden que les narres cuentos?

(Risas). Claro. Siempre me piden. Y también me sucede que a veces me encuentro con algún amigo o amiga y de pronto se me viene un cuento a la cabeza referente al tema que estamos tratando, le digo para contárselo y siempre aceptan con risas. Es algo que no puedo quitármelo.

¿Cuando eras niño te contaban historias?

Sí, mi mamá era una gran narradora, me contaba muchas historias. Hasta ahora, que se ha perdido un poco la costumbre, hay padres que quieren contarles a sus hijos y se dan cuenta de que es un excelente medio para entablar una buena comunicación y relación con ellos, transmitir valores, creencias, emociones y miedos. Además, no hay nada mejor que soñar con una historia y vivirla a través de la imaginación.

Diván de historias

Una semana después de la velada de cuentos, volvimos a encontrarnos con más calma y menos bulla en un café donde nos aden-

tramos en los años que siguieron, luego de asumir su vocación, sin malestares de familia de por medio, ni dudas, pero sí recorriendo un largo camino investido de experiencias. Como estudiante de Psicología ha encontrado en el cuento una terapia que es capaz de sanar a quien empine los oídos y reconfortar a quien pronuncie las palabras y ha logrado acercarse un poco más al campo vertiginoso de la pedagogía, en la cual no solo están quienes quieran narrar historias profesionalmente, sino también padres y profesores que quieran enseñarle, a su vez, a los niños. Su público favorito: los adultos, por la capacidad que tienen para asimilar la ficción sin darse cuenta.

¿Cuál es tu perspectiva del cuento como terapia?

El cuento te sana. Uno cuenta lo que cree y lo que siente, por eso cuando narras algo que te resuena por dentro simplemente vives la historia de una manera excitante y haces que otros la vivan. Un día, luego de mi última presentación, se me acercó un chico y me dijo: gracias, lo que me acabas de dar ahora es un chocolate para el alma. Que alguien me diga eso significó mucho para mí, es un símbolo que te pone el norte más claro. Sentir que con las historias podemos ayudar a mucha gente, a sí mismo y con gusto y sentimiento.

¿Crees que narrando cuentos puedes acercar a la lectura a los chicos?

Por supuesto. Uno de los proyectos que realizo es trabajar con los colegios y nidos, no

solo para contarles cuentos a los niños, sino también para enseñarles a los padres y profesores a que sean ellos mismos quienes se los cuenten y les despierten el gusto por las historias. Es obvio que si un niño se cría con historias a su alrededor, desarrollará un gusto por buscarlas, encontrarlas y llegar por último a la lectura. Es una gran ayuda, además de ser divertida.

¿Con qué público te sientes más cómodo al contar historias?

Me gusta contarle a todo tipo de público, aunque un poco más a los adultos, porque ellos tal vez no se introducen tan rápido en el campo de la ficción como los niños. Y después de la velada de cuentos es increíble verlos pedir ¡otro! ¡otro! Al fin y al cabo tienen al niño adentro. Los niños, en cambio, se dejan llevar un poco más, aunque por ser niños son sinceros y muy exigentes. Si a un niño no le gusta la historia, se voltea y no te escucha más. Me ha pasado (risas).

¿Cuán importante es la atmósfera para contar un cuento?

A mí me gusta aplicar algo que llamé: "la higiene del cuento", es básicamente las condiciones en que un cuento podría llevarse mejor. Un espacio en que el cuento puede salir con mucha más naturalidad, por ejemplo: que haya una luz cálida, velitas, música de fondo muy suave que cree un ambiente más profundo. Todo ello nos conecta con la historia y permite que nos adentremos mejor

en el cuento. Preparas tu cabeza para la ensoñación.

¿Has viajado al exterior o interior del país como narrador de cuentos?

He estado en Argentina y fue una experiencia hermosa. La movida es distinta porque además de enfrentarte a otra manera de pensar, allá son muy comunes las veladas de cuentos, y por eso, el público es más exigente. Al principio me miraron con sorpresa porque me veían muy joven pero después todo fluyó muy bien, fue un público con gran alcance, gritaban, cantaban, tenían los sentimientos a flor de piel y eso me llenaba de energía y sentía el cuento como nunca. Luego, en diciembre estuve en el Cusco, y fue maravilloso, porque rescaté mitos de la sierra y los narré; allá la gente aprecia mucho eso, al fin y al cabo es parte de su tradición, es la identidad de las personas.

¿Cuáles son los cuentos que más te gusta narrar en tus presentaciones?

Los narradores suelen sacar cuentos de diversas fuentes; algunos hasta narran los cuentos que escriben. A mí personalmente me gustan más los cuentos populares, esos que datan de miles de años, desde la época en que la gente se sentaba alrededor del fuego a contar historias. Lo que yo hago es agarrar el esqueleto de la historia y modificarlo con cosas nuestras para hacerlo más asimilable al público; claro, sin cambiar la estructura original. Y los temas tienen que ver

con la fecha que se avecina o el momento de mi vida. Como dije, uno cuenta lo que siente.

¿Te llama mucho la pedagogía, enseñar en los talleres?

En la UPC, donde estudio Psicología, me han dado un espacio para dictar los talleres de cuentacuentos y hago presentaciones una vez al mes. Me lo han dado también porque es un excelente espacio para la oratoria, para la expresión y sobre todo que está relacionado con la Psicología. El cuento es realmente una forma de hacer terapia desde el punto de vista en que lleva el *afuera* a las personas: su bodega de la esquina, su bar, su cine y despierta recuerdos con los que luego puede trabajarse. Personalmente estoy trabajando

mucho en esa unión, hay psicólogos que lo hacen y les va muy bien a los pacientes.

¿Qué avances has hecho en ese campo junto a los cuentos?

Ahora, por ejemplo, estoy impartiendo talleres para padres en un centro de terapias; es más que nada para que los padres se vinculen con el narrador que llevan dentro y puedan tener mejores lazos de comunicación con sus hijos, comprender su percepción. Además, sin querer, los padres hacen terapia porque se divierten y es muy gracioso ver sus rostros de sorpresa cuando escuchan las historias. Como dije, desprejuiciar a los adultos es difícil pero una vez que lo haces sientes una gran satisfacción.